

III. **CORRESPONDENCIA: CARTAS A NIN FRIAS.**

(Presentación y notas por Arturo Sergio Visca)

Presentación

Diez y seis cartas

Una carta complementaria

Alberto Nin Frías. *Sobre la poesía de M. E. V. Ferreira*

i

PRESENTACION

En el *Archivo María Eugenia Vaz Ferreira* que se custodia en la *Biblioteca Nacional (Departamento de Investigaciones - Sección Literatura Uruguaya)*, figuran diez y seis cartas de la poetisa, donadas, el 6 de julio de 1960, por el señor Pedro Badanelli al *Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios* (que, integrado a la *Biblioteca Nacional*, constituye el citado Departamento). De esas diez y seis cartas, quince están dirigidas por la poetisa al escritor uruguayo Alberto Nin Frías, y una, según se infiere del texto, a la hermana del mismo. Las cartas, que revelan una prolongada relación amistosa personal entre la poetisa y el escritor, no están datadas, pero su contenido permite ubicarlas entre 1902 y 1905, período en el que aparece el ensayo sobre la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira escrito por Alberto Nin Frías, publicado primero en la revista *Vida moderna* (Montevideo, números 30 y 31, mayo-junio 1903) y recogido luego en el libro *Nuevos ensayos de crítica* (Montevideo, Dornaleche y Reyes, 1904). La carencia de data impide establecer una secuencia cronológica en la ordenación de las cartas, por lo que, y a fin de facilitar la comprensión de las mismas, se ha procedido a su distribución en los siguientes grupos: 1. *Solicitud de poemas* (cuatro cartas en que la poetisa hace referencias al pedido de Alberto Nin Frías de material para la preparación de su ensayo); 2. *Comentarios literarios* (seis cartas que se vertebran, aunque no es el tema único, a través de las referencias de la poetisa al ensayo de Nin Frías y a algunos de sus otros escritos); 3. *Incidente en torno a Safo* (dos cartas que trasuntan un circunstancial distanciamiento a causa de una observación de Nin Frías sobre la poetisa griega); 4. *Intimas* (dos cartas, una de ellas casi confesional); 5. *Sobre la muerte* (una carta en que la poetisa se expresa sobre este tema en respuesta a un pedido de Nin Frías); 6. *Carta a la hermana de Nin Frías* (con referencias al viaje de ambos —Nin Frías y su hermana— a Inglaterra). No es necesario destacar —pues la guía temática establecida permite verlo— la importancia que estos diez y seis textos tienen para el mejor conocimiento de la poetisa. No es preciso, tampoco, subrayar nada en especial. Las cartas por sí mismas hablan con voz suficiente. Pero para completar el cuadro de la relación afectivo-intelectual de la poetisa y su crítico, se publican, además, otra carta de la poetisa cuyo original no se conserva, pero que fue publicada por Alberto Nin Frías en la 2a. edición, de 1907, de sus *Nuevos Ensayos de crítica*, y los tres capitulillos iniciales del estudio sobre la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira que recogió en ese mismo libro.

Cabe agregar una rápida información sobre el destinatario de estas cartas. Alberto Nin Frías (1882-1937) configura una curiosa personalidad dentro del ambiente intelectual uruguayo del novecientos. En esos años, cuando la influencia cultural predominante provenía de Francia, Alberto Nin Frías halló sus raíces intelectuales en la cultura inglesa; en esos años, en que casi masivamente la juventud intelectual uruguaya se volcó hacia posiciones anárquico-estetizantes, Alberto Nin Frías, para quien el centro de la vida espiritual estaba en las preocupaciones religiosas, fue defensor fervoroso del protestan-

tismo. Es autor de un nutrido conjunto de libros de ensayos. Entre ellos: *Ensayos de crítica e historia y otros escritos* (1902), *Nuevos ensayos de crítica* (1904), *El cristianismo desde el punto de vista intelectual* (1906), *Estudios religiosos* (1909), *El carácter inglés* (1924), *Alexis o el significado del temperamento urano* (1932). Escribió, asimismo, cuentos y una novela, *Sordello Andrea* (1910), sub-titulada *novela de la vida interior*. En la década inicial de este siglo, su obra tuvo amplia difusión y mereció la atención de Miguel de Unamuno, que le dedicó un artículo publicado en *La lectura* (Madrid, N° 23, noviembre de 1902), y de José Enrique Rodó, que en *El mirador de Próspero* (1913) incluye una página sobre Alberto Nin Frías, titulada *En la armonía, disonancias*. Julio Herrera y Reissig escribió para él el poema *Recepción* (que luego, en *Los peregrinos de piedra*, 1910, en un juego de prestidigitación poética, se convirtió en apoteosis de Sully Prudhomme). Incluso, ya tempranamente, se publicó un libro, *Alberto Nin Frías, estudio literario y moral* (1910), por Manuel Núñez Regueiro, que comenta la obra del autor de *Estudios religiosos*. Actualmente, es prácticamente un escritor olvidado. Su obra, sin embargo, no carece de interés para el estudio de la historia de las ideas en el Uruguay. Independientemente de este interés documental histórico, de la obra de Alberto Nin Frías podrían desprenderse un conjunto de páginas ensayísticas, de carácter reflexivo confesional, que pueden leerse con gusto.

ARTURO SERGIO VISCA.

1. SOLICITUD DE POEMAS

1.1

Mi amigo estimadísimo:

Terrible es lo que Vd. me pide... (casi tanto como el honor que su bondad me quiere hacer) pero ya sabe que mi displicencia a veces es vencida por su saludable voluntad. Déjeme, sin embargo, para juntar fuerzas, dos o tres días, al cabo de los cuales irá algo de lo que Vd. quiere, y algo, también, de lo que Vd. no quiere. ⁽¹⁾

Afectuosamente lo saluda

María Eugenia

1.2

Mi amigo:

Si es que todavía desea leerlos, ahí tiene mis versos. Yo siento ellos una pasión intermitente... tan pronto me considero el primer poeta de América, como la más insoportable poetisa del Uruguay: hoy estoy en día modesto, y el "ideal envío" va temeroso, erizado de desconfianza. Deduzco de algunas indicaciones tuyas que mi poesía no le va a gustar. He versificado con preferencia, una melancolía medio neurótica, medio coqueta (coquetería del espíritu), un amor que me recuerda al chistoso paréntesis rubeniano: "...ó un amor alemán? (que no han sentido jamás los alemanes)" y algunas fugaces alegrías, semejantes también al sentimiento alemán. Buena promesa de sinceridad! dirá Vd., pero como yo me complazco en encontrar profundamente hermoso y cierto eso de que en la vida real "la verdad es la castidad del espíritu", permita Vd. que la mentira sea la necesidad de los poetas.

Bueno, lamentando no deber divagar, le pido que nadie vea esos versos y no se incomode en manifestar agradecimientos ni impresiones, hasta poder hacerlo verbalmente. Y aun entonces, ¿no sería mejor el silencio absoluto?

Muy intelecto - afectuosamente

Saluda M. Eugenia Vaz Ferreira

1.3

Mi indulgente amigo:

Vd. dice que *á su pesar* rompe el silencio... ¿Habría en ésto motivos de dignidad u obediencia? Confieso que, en el fondo, en el fondo, se alegra de que lo obligue a silenciar. De cualquier modo, el que Vd. insista, pese a eso mío que nó sé si llamar crueldad o modestia, me desinquieta y me ha producido hoy una crisis de remordimiento. Ya que se empeña en *inmortalizarme* ahí va esa "insupe-

(1) Sin lugar a dudas: eso tan terrible que Nin Frías solicita son versos de la poetisa, que ésta, según la línea inicial de la carta 1.2, le envió. El envío fue amplio, de acuerdo a lo que se infiere de unas palabras del estudio de Nin Frías, donde dice: "Al abrir el libro manuscrito que encierra las visiones o ideales de un alma poética...", y que se refieren, sin duda, al envío de la poetisa.

rable efigie". En caso de que ella no sea de su agrado o no se preste para reproducción, avíseme. En este caso puedo ofrecerle su original (fotográfico). En el otro, es tal la abnegación que me sugieren sus bondades, que le prometo abordar en su obsequio, las 20 escaleras del tallador de efigies. Si no me avisa nada, es porque, como deseo, le sirve eso.

Bueno, mi amigo, no sé como concluir que no le parezca "fría y bruscamente", de veras... Pienso que tal vez podré complacerlo autorizándolo para que reciba en la forma que Vd. desee, el saludo afectuoso de su amiga

María Eugenia

El fraterno (1) agradece y retribuye recuerdos.

1.4

Mi estimado amigo:

Ahí va el otro— si no sirve, continúe avisándome.

Gracias por las flores y serpentinatas que destinaba para mí.

Reserve el *philosophe enfantin* su gentil homenaje— quizá una de estas noches me lo podrá rendir, si es que la intermitente y perezosa nieve no insiste en absorber la ocasión.

Amistosamente, María Eugenia

Recuerdos, gracias del "fraterno".

(1) El hermano de la poetisa, Carlos Vaz Ferreira.

2. COMENTARIOS LITERARIOS

2.1

Mi siempre amigo:

Recibí su carta. Cuando se van los maestros, las manifestaciones de afecto son lo más a propósito para consolar.

Gracias, mías, de ella y de él.

¿Y su libro? Cuando salga no se olvide de mi, mire que el otro todavía me ameniza la vida. Si ya lo tiene impreso, aunque todavía no lo haya esparcido, deme uno a mí, que no lo verá nadie más ⁽¹⁾.

El otro día encontré en una revista cosas tuyas sugeridas, me parece, por cosas mías, (esto sucede a veces) y en recompensa pensé mandarle versos míos, últimos, muy lindos—pero no le mando no sé bien por qué, creo que porque Vd. los va á exteriorizar y yo no quiero; mejor dicho no lo deseo. (Vea si soy humilde, a veces).

Bueno, adios, un saludo afectuoso de su siempre amiga

M. Eugenia

S/C. Colón 71. Perdone el papel pero hasta ahora la fea pereza me ha impedido adquirir otro.

2.2

Mi estimado amigo:

Gracias interminables por el valioso obsequio de su libro, tan paquete! Realiza aquel ideal de que hablamos: alma bella en cuerpo hermoso... ¿verdad?

Le prometo mandarle muy pronto, en cuanto sea oportuno, las *luminosas impresiones* que él me sugiera.

Fraternalmente

ME Vaz Ferreira

2.3

Estimado amigo:

No se imagina con que placentera sorpresa reconocí su letra amistosa, aquende los largos meses silenciosos...

El libro es tal vez el que más oportunamente haya ofrecido Vd. en su vida. Después de dos meses de reclusión, con otros tantos, tal vez, en perspectiva, y los libros agotados ¡figúrese! el suyo representa varias horas de placer.

En cuanto a sus penas ya las supe, y crea que aunque ello no se exteriorizó, sentí mucho que tuviera Vd. motivo de tristeza.

Se me ocurre una idea: ¿quiere venir? Vd. ha asegurado que hasta en la más humilde compañía se encuentra bien, y yo, dominando ciertas preocupaciones cuya anormalidad reconozco, me resuelvo a hacerle el ya célebre ofrecimiento. Ya sabe que esta casa es triste y está casi vacía, pero podremos conversar un poco.

La primer noche (es mejor de noche) que tenga Vd. ganas, venga. Y si ninguna tiene, entonces, no; si sí, si, y si no, no.

Bueno, desearía seguir divagando pero saludo en nombre de mamá, del *fraterno* y mío, y me vuelvo al "arroyo" en busca del "rayo de sol".

María Eugenia Vaz. F.

(1) Quizás el primero de estos libros sea "*Ensayos de crítica e historia y otros escritos* (1902), y el segundo, solicitado, "*Nuevos ensayos críticos* (1904).

Mi estimado amigo:

Gracias por su ramo de flores. No sabe cuanto me gusta eso de ofrecer flores, y que lógico encuentro el que ellas procedan de Vd., espíritu caballeresco, delicado y gentil.

¿Como agradecer el honor que me hace su ya ilustre personalidad de crítico opinando sobre mis versos? Su juicio es hermosísimo ⁽¹⁾. Como todo lo que Vd. escribe es bello, interesante y erudito. He encontrado en él mucho de valiosamente lindo y verídico. También he encontrado ¿por qué no decirlo? en lo que a mi se refiere, algunos, ¿como diré?, pequeñitos lapsus interpretativos — la XXVIII, la XVII... ⁽²⁾ Pensé explicarle algo de esto, pero no ¿para qué? "Tout est beau, et tout est bien".

Crea que sincerísimamente he agradecido en todo lo que vale su enorme obsequio intelectual.

Con la simpatía fraternal de siempre

María Eugenia V. F.

P.D. Recuerdos del fraterno.

La espiritualísima frase "un amor alemán que no han sentido jamás los alemanes" no es mía —es de Rubén Darío— V.

2.5

Alberto Nin Frías:

Me apresuro esta vez, con placer, a acusar recibo de su envío, que estimo en muchos conceptos.

Muy linda su Balada, rápida pero de fuerte sugestión, donde brilla la suave y tan linda fantasía humana. Como símbolo, es bella y dolorosa,... al fin, todos somos desterrados de algo, todos hemos escuchado aullar en un rincón de nuestras viviendas, sean ellas cabaña o palacio sombrío, cueva o torre de marfil, al intruso lebrél. Por mi parte, me suscribo hermana de esa pobre princesa, sólo que, en vez de pretender para mis excursiones espirituales las ambiciosas alas ícaras, sueño con las del libre, poético y sentimental "Zorzal de la Bohemia".

Me ha complacido que Vd. no haya tenido a menos surcar las páginas valiosas de sus *Ensayos* ⁽¹⁾ con algunas reminiscencias de mi *Invicta* ⁽²⁾, mi pobre *invicta* que una noche recité para Vd., y sobre la cual dejó caer sin piedad la ancha y fría lápida de su silencio, pero cuyo supuesto fracaso olvido risueñamente acusando a mi mala cualidad interpretativa de entonces y en obsequio a su amable manifestación intelecto-afectuosa de hoy.

(1) Se refiere al estudio de Alberto Nin Frías mencionado en la *Presentación*.

(2) Número de *Rimas* citadas en el estudio.

(1) *Nuevos ensayos críticos* (1904) donde Alberto Nin Frías recogió el estudio sobre la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira que había publicado en *Vida moderna* (Montevideo, números 30 y 31, mayo-junio 1903).

(2) Este poema de María Eugenia Vaz Ferreira fue incluido por Raúl Montero Bustamante en la selección de poemas de la poetisa publicados en *El Parnaso oriental / Antología de poetas uruguayos* (Maucci Hnos. e hijos, editores, Montevideo, 1905).

Crea sinceramente en que con todo me ha complacido y en mi agradecimiento, que es mucho y será más una vez saboreada la lectura de su interesante libro.

A la espera pretenciosa de más envíos, lo saluda
María Eugenia Vaz Ferreira

2.6

Mi amigo muy estimado:

Cumplo con su deseo de mandarle el libro; en realidad, había notado en él, aunque de modo leve, la falta de algo.

Le adjunto esa "hoja al viento" (1), que es la primicia y quizá la últimicia de mis impresiones sobre cosas ajenas; va en premio de su constante afecto intelectual por mi y sus tendencias dignas de ser estimuladas (se me había olvidado ésto que era muy importante).

Quería también mandarle las señas de aquel cuadro que tan amablemente se ofreció a adquirir (si se olvidó no importa) pero tengo que pedir las a una amiga, ya he pensado y todo, como recomendarle ese obsequio; con una cosa que puede ofrecerse ingenuamente, como las flores y los versos... ¿Sabe lo que es? pues... pescados. Pero no para comer; sino pescaditos vivos en una redoma: de esos que son color de goma oscuro, con manchas azules... los más lindos; ¿le gustan? pero Vd. no padece de hiperacusia, como yo, y tal vez no sepa apreciar el sutil silencio, la deliciosa consolación de los pescados... quien sabe si les va a hacer caso... mejor será que no se los mande ¿verdad? Quedamos en que no se los mando.

Reciba un afectuoso saludo de su siempre amiga.

María Eugenia V. F.

Una cosa me hace sufrir; y es pensar si alguien criticará su libro, interesantísimo, por haberlo empezado con una cosa sobre mí... Bueno, si sucede esto, para resarcirlo le mando... los pescados.

(1) La carta que se publica más adelante bajo el título *Una carta complementaria*.

3. INCIDENTE EN TORNO A SAFO

3.1

Sr. Alberto Nin Frías

A Vd. que desea paz y serenidad para mi espíritu le haré conocer una de las terribles tempestades que más lo han sacudido.

M.E.V.F.

Safo fue una mala persona; y cuando mi musa, niña aun, manifestó deseos de conocer el Olimpo, recordando que el sitio había sido visitado con frecuencia por aquella gloriosa e inconveniente dama, creí deber iniciarla en algunos detalles referentes a su vida desordenada y trágica muerte. “Madre, me respondió, “tú me has enseñado que el único bien es la bondad de los escépticos, ese cuya práctica puede saborearse a solas en el palacio interior, sin que lo empañen la fugacidad del placer ni la vanidad de la esperanza. Te prometo que si alguna vez toco la belleza de un dios, la seducción de un sueño, la veleidad de una ventura, sólo será con la punta de mis alas... y que si aspira a una lágrima para mi muerte, lejos de encender las nostalgias olímpicas, arrancaré una rama al suace poético y humilde que llora sobre la tumba de Musset”. “Bien, le dije; besé su frente coronada de rosas, y vi como sus alas, inquietas pero estoicas, fantásticas al par que severas, surcaban el espacio...

Ahora suponga mi impresión cuando al rasgar un sobre, dulce promesa de solaz espiritual, me encontré con el siguiente terrible, tempestuoso epígrafe: “La muerte de Safo”.

Al punto llamé a Musa y le dije: “¿Qué has hecho tú, de malo, que mis ojos no han podido distinguir? ¿Cómo has osado perturbar los espíritus con la influencia de una sugestión maligna?” Y poniendo en sus manos un puñado de surcos ⁽¹⁾ le ordené que borrara con ellos la efigie de un héroe. ⁽²⁾

P.D. Mi amigo: ¿Ha visto jamás una reprimenda más fina, más delicada, más diplomáticamente bella? Perdón!!

3.2

Mi amigo:

En el momento en que golpeó mi puerta el portador de su carta, estaba yo pensando (y crea que es cierto): “Ha optado por una protesta indulgente”. *Indulgente*; ya ve como reconocí mi error. Había consultado su cara nobilísima, y mi reprimenda me pareció una profanación; tanto que esperaba la devolución de mis versos—pero esto era demasiado grosero para Vd.; esto lo hubiera hecho yo, con mi carácter impulsivo y mal educado, pero de una espontaneidad y sinceridad de oro. Si Vd. hubiera sido mujer y yo hombre, ense-

(1) Los surcos.

(2) El de “*Triunfal*” (1)

(1) Ambas llamadas son de M.E.V.F. El poema *Triunfal*, de la misma, fue publicado en el libro de Raúl Montero Bustamante citado en la nota (2) de la carta 2.5.

guida de mi carta hubiese ido a su casa y le hubiera dicho: He hecho una barbaridad, pero, ¿por qué me ha disgustado? Hubiéramos llorado un poco, reído otro poco, y, todo hubiera pasado. Pero eso no podía ser; además, yo no estaba segura del todo de si Vd. era como a mi me parecía, y de eso, unido a que yo, a pesar de mi carácter independiente y despreocupado, o tal vez por eso mismo, tengo por la respetabilidad femenina, como yo la entiendo, una susceptibilidad casi enfermiza, resultó la causa de su justa indignación. Pensar que Vd., por quien siento una grande y sincera estimación, supusiera que a mi se me podía hablar de Safo (apenas sé de ella que tenía genio y se portaba mal) me causó un gran dolor. Por qué puso “de ella se conserva el recuerdo desordenado de pasiones” si iba a ser sugerido por *Triunfal*?

Sin eso, yo que, aunque no lo crea, aborrezco la malicia, hubiera interpretado todo bien. Lejos de mi estuvo siempre atribuir a su intención vileza (esta es demasiado fuerte) ni nada feo ni ofensivo; solo me permití atribuirle una ligerísima... ¿como diré?, *intactez*.

Dos detalles me han encantado en su carta: el no haberse olvidado de quitar mi prevención contra *Triunfal*, y el haber percibido la falta (*no intencional*) de “amigo”. Esto prueba que Vd. pone alma y pensamiento no sólo en las cosas, sino aun en los más leves detalles de las cosas; esto es para mí de un inmenso valor, y casi me alegro de haber provocado un disgusto, que me sabe muy bien en este mundo de las omnisuperficialidades.

Bueno; visto que los dos tenemos corazón, pues, por una simple desarmonía intelecto amistosa nos hemos afectado tanto, sepa que el pedacito del suyo empleado esta vez, no se ha perdido, y que su carta sabrosa, dolorida y sincera, me ha hecho más feliz que todas las bellísimas baladas que pudiera ofrecerme. Yo también voy como Vd., y contando con su autorización, a buscar entre las páginas de Schumann, alguna que simbolice la “reconciliación”, y sea ésta la última nota de lo que llamaré “nuestro tragi-poema amistoso”.

Muy segura en absoluto de su perdón, saluda humilde y afectuosamente

M. Eugenia Vaz Ferreira

P.D. Sepa que no sin escrúpulos me permito robar algún pedazo de su tiempo.

4. INTIMAS

4.1

Mi estimado amigo: (Lea para Vd. solo)

He esperado ansiosamente el día de hoy pues creo deber y deseo darle una explicación de lo que pasó anoche. Ante todo tiene que saber que soy un ser desgraciadísimo por el motivo que menos se figura. Mamá, a quien adoro, que me adora (creo) y que es lo único que tengo en la vida, es conmigo de una crueldad increíble. No se si Vd. habrá oído hablar de una gran enfermedad nerviosa que hace que se mortifique y contrarie constantemente a la persona que más se quiere — esto le pasa a ella conmigo. Ahora tiene Vd. la clave de mi tristeza, del desconcierto de mi persona y mis cosas y el porqué, siendo feliz en todo lo demás, he llegado a encontrar pésima la vida, hasta el punto de desear que acabe. Vivo pendiente de ella y una mirada, una palabra suya cambia por completo mi estado de ánimo, de la más sana alegría al más grande pesar. Muchas veces, casi siempre, tengo la risa en los labios, y por dentro estoy desolada. Ya me he habituado a esto y nunca lo doy a conocer por cierto pudor moral y porque encuentro antipático provocar la conmiseración de la gente. Además, tal vez no me creerían porque ella cuando quiere sabe ser dulcísima. Anoche, cuando Vd. vino, yo me asomé por uno de los cuartos interiores adonde acostumbro a desterrarme por horas y aun por días enteros; lo vi a Vd. y oí como mamá me negó. Se imagina cuánto habré sentido. Mamá está acostumbrada a que yo no la contrarie jamás cuando ella quiere algo, y hace como dos meses fue aceptado como pretendiente un amigo del fraterno, que, según se opina, era un novio brillante; mamá estaba contenta, pero al cabo de este tiempo noté que yo no sentía por él lo que era necesario, y hace 5 o 6 días resolví terminar el asunto. Esto la tiene enojadísima. Afortunadamente he tenido desde niña hasta vieja un carácter firme y alma fuerte para no dejarme imponer ciertas cosas, y he tenido una sinceridad de que me enorgullezco que no me ha permitido nunca engañarme a mi misma ni al prójimo. En cambio, mamá me impone castigos primitivos, privándome de las personas y las cosas que me son gratas. Algunas de mis más queridas amigas han corrido la misma suerte que Vd., pero ellas son buenas y comprensivas y perdonan. Perdónela Vd. también. Qué dirá Vd., habituado a los hogares tranquilos y dulces, de esta casi tragedia! Si no fuera porque le he encargado reserva, quisiera, para mayor aseveración, que Vd. hablase con la buenísima y querida Milka sobre ésto, pues ella está enterada de mis luchas y tristezas del momento. Pero no lo haga porque sería raro.

No se cómo tomará Vd. el modo apurado e ingenuo con que le cuento estas cosas tan íntimas, tal vez le parecerá una irrespetuosidad filial, pero le repito que a muy pocas personas les hablo de esto y no le diría a Vd. nada de nada, si no fuera que la idea de que Vd. me vio anoche y puede atribuirme a mi aquella negativa tan ilógica e injusta me ha sacado de quicio y hecho contarle todo.

No quiero cansarlo más, pero antes de concluir voy a pedirle un favor: y es que me mande en cuanto pueda, dos palabras, solo dos

palabras diciéndome si ha comprendido todo— pero no me las dirija a casa ni a mí, sino a Sta. Ida Müller, calle Buenos Aires 99— *esta es una amiga como hermana*. Yo sé que Vd. encontrará muy feos estos subterfugios; yo también los encuentro y es la primera vez en mi vida que los uso, pero es que no hay más remedio. Piense que lo que hago es en nombre de lo que hay de más serio y noble en nuestros corazones. Disculpe a su amiga

M. Eugenia V. F.

Si alguna vez nos encontramos en fiesta o cualquier parte y desea conversar, puede acercarse— y si quiere escribirme por algún interés literario, hágalo a casa y a mí, como siempre— y si nunca, nada más, nada más; pero lo de hoy sí, se lo ruego.

Yo espero que esto pasará pronto. Desearía mucho que Vd. rompiera esta carta.

[Al final aparece este texto unido a las palabras “como siempre” por una línea recta oblicua]:

pero haciéndose el creído que no me encontró en casa, y sin aludir a nada de esto.

Pobre amigo, que láta!

Adios

[En la parte superior izquierda del folio 1 aparece el siguiente texto]:

La que verdaderamente sufre en este mundo con paciencia solo se prepara a ser feliz en el otro.

4.2

Muy estimado amigo:

Mucho me alegró que Vd. rompiera el silencio; confieso que también desde hace tiempo lo deseaba.

Yo siempre creí que Vd. fuera protestante; (con mi cuento pretendí recompensar en parte la dedicación de su ensayo) pero la consagración me ha entristecido algo, pues ahora creo que no podremos encontrarnos allende la vida.

Su “Ensayo” me interesó mucho, aunque por no estar terminado y divagar hermosamente en él; no pude pescar bien la idea terminante.

También me ha interesado la lucha que enturbia su felicidad; he pensado en ella y dividido en tres series sus inconvenientes, a saber: 1º perturbación de la armonía novial; 2º tropiezos del rito casados; 3º inconvenientes en la educación de la posible prole futura. Ahora bien, para opinar sobre lo segundo, tendría que saber mejor las restricciones y concesiones de la religión de Vd. y más las de la de ella, que apesar de ser la mía, no las conozco bien.

En cuanto a lo tercero Vd. convendrá conmigo en que es demasiado complicado para tratarlo por escrito. (En todo caso, los dos pueden salvarse no casándose y siendo eternamente novios; este es un ideal).

Queda pues el primero, o sea “la armonía novial”, sobre lo que le daré mi idea, si es que ello puede apartarse de lo demás: Creo que desde el momento en que los dos, aunque por distinto camino,

convergen al mismo punto' del bien y el amor y ninguna de las dos religiones se opone a la fidelidad, a la constancia, a la bondad, etc. Vds. debían acordar no hablar del asunto, o al menos *no discutir*, pues esto quebraría la armonía ideal entre las dos almas, que debe ser la base del amor, según yo lo comprendo. Ella, a quien supongo buena y con el íntimo deseo de no disgustarlo a Vd., sin necesidad de ser más fría en sus ideas, ni engañarlo ni mentirle a Vd. en lo más mínimo, debe concentrar o silenciar lo más posible las manifestaciones de su religión, y Vd. a su vez hacer lo mismo con ella. En fin, tratar esa divergencia como una pequeña desgracia que los dos cuidan con la mayor dulzura, y en que los dos se solidarizan con tristeza pero sin dar lugar al menor choque de enemigos.

Ahora, no crea que ésto es un consejo, no; no me atrevería a darlo, pues no se seguro que es lo que es bien y las cosas cambian según las circunstancias y las personas; ésto, es sólo lo que yo hubiera propuesto, o mejor dicho, lo que le hubiera pedido a Vd. si me hubiera tocado la dicha sobrehumana de ser su novia. También habría que saber si esa lucha brota sola, o si alguno de los dos intenta convertir al otro... en fin, hay mucho. Si algún día en el transcurso de los siglos interminables y fugaces llegamos a conversar a gusto, le prometo tratar ampliamente el tema, siempre que sea de su agrado. También hablaremos de mis desventuras— yo creo que la suya es una divergencia que puede dorarse. Su proyec- [Carta inconclusa]

5. SOBRE LA MUERTE

Muy estimado amigo:

.. Me ha llegado su carta donde me pide una idea sobre "la cruel segadora". Creo con gran pesar que no podré hacerle el gusto; le diré el motivo: mis ideas intelectuales y sentimentales son complicadas y confusas, en cambio las religiosas (aparte de algunas divagaciones que no me permitirá escribir) que es lo que en las cosas normales influye en el concepto que se tenga de la muerte, son de una pureza y sencillez tal que Vd. se asombraría. Soy de un misticismo salvaje—creo que los buenos van al cielo, con música de arpas, coros de angelitos, etc., y los malos al infierno, con calderas hirviendo, diablo con cola, cuernos y todo. Imagínese! y aunque lea, escuche y comprenda teorías de ciencia profunda o conceptos de lógica humana, esto apenas hace oscilar, pero no apaga esa llamita de fé que me hace ver las cosas como más amo verlas. De modo que mi impresión sobre "la cruel segadora" puede condensarse en estas sencillas palabras: *La muerte es bella siempre que hay paz y amor*. Ahora me considero incapaz de encontrar la forma capaz de darle novedad y belleza: estas ideas tan simples, y más después de haber leído los deliciosísimos poemitas místicos de Tolstoy (estoy en terrible crisis Tolstoiana). Tengo una enorme curiosidad por conocer la teoría de Vd.

Su sentimiento por no poder ir a casa, no lo creo! Vd. pudo ir en mucho tiempo y no lo hizo, y eso que tenía preparados libros para comentar, Chopines o Griegs, ajedreces, barajas, retratos de amigas lindas para Vd. mirar, y flores por todas partes! No importa, lo perdono. (Conste que yo no hubiera dicho nada si sus primitas no me hubieran hablado primero de Vd.). Sin embargo, yo podría ofrecerle este palacio medioeval pero habría que combinar las cosas a causa de algunas excentricidades del castellano viejo.

Si viera que sitio ideal es éste para conversar! Me he solido acordar de Vd. que quiere tanto las cosas de la naturaleza. Pero yo veo todo bajo un prisma (prisma?) más melancólico y ayer me entretenía en notar como caen las cosas... los cantos por ejemplo: por la mañana están en el cielo; cantan calandrias, zorzales, torcazas... a medio día, ya más bajo, abejas, moscas, cigarras... y a la noche grillos, sapos, víboras, ya en la tierra!

Bueno, un millón de gracias por su acercamiento intelectual (es natural) y por el placer y el honor de dedicarnos su Ensayo. Le atribuyo al fraterno exactamente los mismos sentimientos. A éste no lo veo ahora, pero le he mandado las señas de Vd., por si puede complacerlo.

Retribuyendo los mismos anhelos de dicha para Vd. y los suyos, lo saluda con lo mismo.

M. Eugenia V. F.

Después de escrito esto, se me ocurre fabricar eso que le ofrezco, no para que cite nada (pues no se puede) sino por hacerle el gusto y se divierta.

Adios.

Lucas Obes 75, Quinta de Ribeiro Frente al Prado.

6. CARTA A LA HERMANA DE NIN FRIAS

Querida amiga:

Me quedé desconsolada por no haber asistido a la fiesta donde dijo Vd. tan preciosas palabras de despedida y de amistad. Pero ya que de ningún modo he podido tener el gusto de verla antes de la partida quiero decirle que deseo la realidad de todos los proyectos de Vd. y Alberto. Supongo que volverán Vds. acompañados de otra pareja tan interesante como la que se va; Vd. con un buen mister fuerte y libre y Alberto con una encantadora lady rubia y sonrosada—... y tráiganme algún pariente del divino Longfellow para este pobre poeta que se queda con envidia y haciendo los mejores votos por la felicidad de los viajeros.

Reciba un abrazo de María Eugenia V. F.

UNA CARTA COMPLEMENTARIA

Estimado amigo:

En la bulliciosa falange de los “nuevos”, en su mayoría picaflores del pensamiento, sutiles divagadores de la idea, me ha sonado a oro vuestro último libro. Aún recuerdo la impresión novedosa que me produjo el otro por su acertada selección de ideas, por su amplia erudición, su invitación constante a todo lo que es noble, y, sobre todo, por su alto eclecticismo moral. Hoy persistís de nuevo en esos ideales, en forma más primorosa y exquisita.

Leyendo vuestros libros no puedo menos de recordar un cuento bello y simbólico: era un país surcado de sendas trazadas por un genio protector, que conducían, en todas las ramas humanas, del punto de partida a la meta final y a aquellos de sus habitantes que acertaban siempre a escoger la senda mejor, se les discernía el título de maestros de almas, y guiaban después a las irresolutas muchedumbres.

Si vos hubierais nacido allí, seguramente que hubierais sido uno de ellos. Sois oriental y os educaron en Inglaterra: esto explica quizá el conjunto feliz de vuestras cualidades; ser idealista, espiritual, sensible como los latinos, siendo fuerte, pujante y sano como los sajones. . . qué ideal! Las cosas antagónicas pueden extinguirse o completarse; y en vos, temperamento propicio a la paz y a la armonía, el consorcio de las razas se multiplica en una floración de virtudes; así sois inquieto en la investigación, sereno en los problemas, curioso en la filosofía, contemplativo en la belleza; sentimental y estoico, romántico, risueño, indulgente y austero. Si hubiésemos de trasladarnos al país de mi cuento, yo aceptaría que fueseis mi maestro, sólo que en una de las sendas no quisiera seguirlos hasta el fin: en aquella donde la fe incondicional tropieza con las exigencias de la moderna ciencia. No por eso intentaría reteneros conmigo, no; por mí, podríais proseguir el áspero camino, cruzando los valles luminosos y las selvas sombrías; podríais escalar como águila las cimas, las cúpulas y los astros, buscando los pros y contras del “ultra” rebelde; yo me quedaba al borde del canino, atrás, muy atrás, pensando que quizá

“Tous ces humbles qui sont aujourd’hui les derniers.
Finiront, Dieu l’a dit, pour être les premiers,”

y acariciando a la blanca paloma de las dulces misivas. . . Por fortuna, pese a las posteriores rebeldías de vuestra religión, bebemos en la misma fuente; vos amáis mucho a Cristo y no podía ser de otro modo, puesto que sois artista y la suprema bondad es la suprema belleza. Sabéis que “altruismo”, “caridad” y “amor” son palabras clásicas que no mueren; sabéis que, como entre las multiformes tentativas de los artifices modernos perduran las melodías impecables de los viejos maestros, entre todas las sectas, entre todas las innovaciones, resonarán siempre, inmarcesibles y serenas, las divinas armonías de Jesús, de ese gran poeta de corazón, autor y actor del poema único y eterno. Pero el castigo de los incrédulos es debatirse en el arduo problema, en la terrible “question” que hacía monologear al pensativo “Hamlet” y hará mono-

loguear aún a muchas mentes ilusas, tan poderosas como ingenuas, empeñadas en comentar la insuficiencia de la lógica celeste... Ay! todos quieren ser dioses! Aún ignoran el mecanismo de los círculos y quieren usurpar el gran secreto, y ante el variado kaleidoscopio de los prismas, se enredan y se confunden, mientras Jesús, con los ojos poblados de recuerdos, los mira tristemente desde su crucifijo...

En el "Ensayo sobre la revolución..." lleno de sabias exhortaciones, cifras y ejemplos ilustrativos, palpita el sincero horror que os inspira la guerra; el "crimen colectivo" que persiste después de tantos siglos de lucha civilizadora. La humanidad es fuerte, pero lo es aún con la fuerza de los débiles, cuya entidad superior, dominada por el instinto, el hábito o el prejuicio, no es capaz de exteriorizar lo que resuelve en el inviolable y recóndito tribunal interior. Muchas veces, mirando a la turba uniformada alejarse al compás de las emocionantes marchas militares, como otras tantas esperanzas que se van, llevándose consigo su único caudal de suspiros, de quejas y de lágrimas, evoco una visión del porvenir: me parece ver las salas del futuro, adornadas con sables y tambores, trofeos de "nuestra" barbarie, como hacemos ahora con las flechas envenenadas y los penachos multicolores de los salvajes... pero quizá esto es una ilusión. Quién nos dice hasta cuándo marcha en ascenso el ciclo de la vida terrestre? Hasta cuándo les será permitido esperar a los que sueñan con las supremas perfecciones? Quién nos dice aún que no sean átomos de su esencia esos toques sombríos de la tragedia universal donde, activa o pasiva, perceptible o secreta, cada uno de nosotros encarna una figura? No será fatalmente preciso amar la gracia épica de las luchas bizarras? No son de un altruismo virtuoso, digno de consistencia, muchas de esas ofrendas voluntarias de la vida, que nos conmueven con tristeza de hermanos y admiración de artistas? No seré yo, ciertamente, quien me atreva a arrojar la primera piedra sobre esos héroes, que van a ocultar sus hazañas en las tumbas solitarias y agrestes, sin más laurel que alguna flor silvestre, tributo del sol y de la tierra, padre y madre imparciales, sin odios ni rencores, que entre la vasta prole humana reparten por igual sus caricias y sus consuelos, en la gran apoteosis de la primera luz y en el seno piadoso de la última sombra... No os enojéis; divagar es mi eterna costumbre desde mi intrincada selva; ya sabéis cuánto alabo el "sursum corda" de vuestras prédicas, y si me hubiese cabido la misión de apóstol, sembraría como vos, a manos llenas, el germen de la santa esperanza.

Otro día conversaremos de la muerte, la pálida "quimera" a quien dulcificáis en tan hermosas páginas; páginas consoladoras, donde enseñando con qué calma evangélica supieron despedirse de la vida muchos espíritus esclarecidos, tendéis a unificar las almas en una luminosa idea de resurrección; conversaremos del "home", que con rasgo conciso y maestro sabéis sugerir; el "sweet-home" con sus muros tapizados de láminas artísticas, con sus mesas ornadas de libros con los que amáis meditar junto a la griega estatua de líneas musicales y entre el vago perfume de las "flores de Otoño", mientras el órgano sonoro interpreta los cantos del Norte majestuosos y serenos o solloza el piano las melancólicas mazurcas donde danzan los sueños del lírico Chopin... Pero no quiero terminar esta impresión sin aludir a la dedicatoria de vuestro

libro. "Quiéranme siempre" decís a vuestras amadas hermanas. Qué súplica tan bella! En esta época de decadencia afectiva, la ostentación de un vínculo sagrado es obra de valientes. Pero no, no quiero pensar que seáis un solitario sentimental, ni aun un vestigio de aquellos grandes corazones que inspiraron páginas inmortales: prefiero esperar que esa delicada prueba de simpatía fraternal pertenece al material con que se elabora el progreso del alma futura. . . Y por último, no olvidéis de obsequiarme siempre con vuestras estimables ofrendas, a mí, que amo vuestros mismos ideales y os auguro un puesto de honor entre los que, con las luminosas videncias de su espíritu, ennoblecen y glorifican el pensamiento de América."

En "NUEVOS ENSAYOS DE CRITICA" (2da. edición, 1907), Montevideo, Imp. de Dornaleche y Reyes. Págs. XXIII-XXV. (La carta transcripta fue asimismo publicada en *El Cristianismo* de Alberto Nin Frias, 1ra. Ed. 1906 y 2da. Ed. 1908).

